
 CAPITULO TERCERO.

Situacion de los partidos despues de la muerte de Luis XVI.

— Mudanzas en el poder ejecutivo. Retirada de Roland; nombran á Beurnonville ministro de la guerra en lugar de Pache. — Situacion de la Francia respecto á las potencias extranjeras; papel que hace la Inglaterra; política de Pitt. — Estado de nuestros ejércitos en el Norte; anarquía en Bélgica de resultas del gobierno revolucionario. — Viene Dumouriez otra vez á Paris; su oposicion á los jacobinos. — Segunda coalicion contra la Francia; planes de defensa general propuestos por Dumouriez. — Leva de trescientos mil hombres. Invasion de la Holanda por Dumouriez; por menores de los planes y operaciones militares. — Nombroamiento de Pache para el corregimiento de Paris. — Agitaciones de los partidos en la capital; su fisonomia, lenguaje é ideas en el ayuntamiento, en los jacobinos y en las secciones. — Asonadas en Paris con ocasion de los víveres; saqueo de las tiendas de comestibles. — Continuacion de la lucha entre girondinos y montañeses; sus fuerzas y recursos. — Reveses de nuestros ejércitos en el Norte. Decretos revolucionarios para la defensa del pais. — Fundacion del *tribunal criminal extraordinario*; sesiones tumultuosas de la asamblea con este motivo; sucesos de la tarde del 10 de marzo; proyecto malogrado de ataque contra la convencion.

Si profundo era el terror que habia causado en Francia la muerte de Luis XVI, no era menor el

asombro mezclado de indignación que habia producido en Europa. Bien habian previsto los revolucionarios mas despejados, que la lucha quedaba irrevocablemente comprometida y era imposible retroceder, sino combatir, la coalicion de los tronos y vencerla ó perecer. Por eso en la asamblea, en los jacobinos y en todas partes se decia que era necesario ocuparse únicamente de la defensa exterior, y desde aquel instante las únicas cuestiones que llamaron la atencion, fueron las de guerra y hacienda.

Ya hemos visto el temor que tenian uno de otro los dos partidos interiores, creyendo los jacobinos que la resistencia opuesta á la condenacion de Luis XVI no era mas que un resto peligroso de realismo, atribuyendo á esto mismo el horror que inspiraban en muchos departamentos los excesos cometidos despues del 10 de agosto, por lo cual dudaron siempre de su victoria hasta el último momento. Pero empezaron á tranquilizarse al ver la fácil ejecucion del 21 de enero y desde entonces principiaron á persuadirse que se podia salvar la causa de la revolucion, y preparaban circulares para ilustrar á los departamentos y concluir su conversion. Por el contrario los girondinos, no solamente compadecidos de la suerte de la víctima sino inquietos tambien por la victoria de sus adversarios, principiaban á entrever en el suceso del 21

el preludio de largos y sangrientos furores y el primer acto de posesion del inexorable sistema que combatian. Es verdad que se les habia concedido la persecucion de los asesinos de setiembre, pero esta era una concesion sin resultado; y asi como ellos habian abandonado á Luis XVI para solo probar que no eran realistas, asi los otros abandonando á los de setiembre, intentaban persuadir que no protegian el crimen; pero ni una ni otra prueba satisfizo ni tranquilizó á nadie, sino que solo se veía en ellos unos republicanos débiles y casi realistas, del mismo modo que ellos veían en sus adversarios unos enemigos sedientos de sangre y matanzas. Estaba ya completamente desanimado Roland, no por el peligro sino por la evidente imposibilidad de ser útil, y asi ofreció su dimision el 23 de enero. Mucho lo aplaudieron los jacobinos, aunque no por eso dejaron inmediatamente de clamar que todavia quedaban en el ministerio los traidores Claviere y Lebrun, á quienes dominaba como esclavos el intrigante Brissot; que faltaba mucho para destruirse el mal, y que no convenia dormirse, sino al contrario redoblar el celo hasta que se hubiesen separado del gobierno los *intrigantes*, los *Girondinos*, los *Rolandistas*, los *Brisso-tistas etc.* Inmediatamente propusieron los girondinos la reorganizacion del ministerio de la guerra, que Pache habia puesto en un estado lastimo-

so por su debilidad con los jacobinos, y en efecto despues de violentas discusiones, se le exoneró á Pache por incapaz. De esta manera quedaron escludidos del gobierno los dos gefes que prevalecian en el ministerio, y cuyos nombres eran el punto de reunion de los dos partidos opuestos. Creyó con esto la mayoria de la convencion haber hecho algo en favor de la paz, como si con suprimir los nombres de que se sirven las pasiones enemigas, no sobreviviesen ellas para elegir otros nuevos y continuar combatiéndose. Se nombró para la administracion de la guerra á Beurnonville, el amigo de Dumouriez, á quien llamaban al *Ajax frances* que no era conocido todavia de los partidos sino por su valor, pero que no podia menos de disgustar muy pronto al génio desordenado de los jacobinos por su apego á la disciplina. Despues de aquellas primeras providencias se empezaron á tratar las cuestiones de hacienda que eran las mas importantes en aquel momento crítico en que la revolucion tenia que luchar con toda la Europa. Se decidió al mismo tiempo que dentro de 15 dias á lo mas tarde presentaria la comision de constitucion su informe y que inmediatamente despues se trataria de la instruccion pública. Una porcion de hombres que no comprendian la causa de los movimientos revolucionarios se figuraban que todas las desgracias del estado provenian de la falta

de leyes, y esperaban que la constitucion remediaria todos los desórdenes. Por eso una gran parte de los girondinos y todos los miembros de la *Llamura* no cesaban de clamar por la constitucion, ni de quejarse de las dilaciones que habia en ella, diciendo que su mision era construir, porque asi lo creían en efecto, y pensaban que no les habian llamado para otra cosa, lo cual podia terminarse en pocos meses. Todavia no llegaban á persuadirse que no les habian llamado á constituir sino á combatir, y que su terrible mision consistia en defender la revolucion contra la Europa y contra el Vendée; que dentro de poco, de cuerpo deliberante que eran pasarian á convertirse en una sangrienta dictadura, que proscibiria al mismo tiempo á los enemigos interiores y daria batallas á la Europa y á las provincias rebeldes, defendiéndose en todos sentidos por la violencia, y que sus leyes tan pasajeras como la misma crisis, no serian consideradas sino como arrebatos de cólera, quedándoles por única gloria duradera la defensa, que era su verdadera mision por mas que ellos la desconociesen.

Sin embargo bien fuese por el cansancio que causa una larga lucha, ó por la unanimidad de los dictámenes en las cuestiones de guerra, todos estuvieron conformes en defenderse y aun en provocar al enemigo, de suerte que sucedió un

poco de calma á las terribles agitaciones que habia ocasionado el proceso de Luis XVI y aun llegaron á aplaudir á Brissot en sus relaciones diplomáticas contra las potencias.

Tal era la situacion interior de Francia y el estado de los partidos que la dividian; pero su situacion respecto de Europa era realmente espantosa, porque estaba en rompimiento general con todas las potencias. Hasta entonces no habia tenido mas que tres enemigos declarados, el Piamonte, el Austria y la Prusia, porque la revolucion, generalmente aprobada de los pueblos segun el grado de sus luces y odiosa á los gobiernos en proporcion del miedo que la tenian, acababa de producir sensaciones nuevas en la opinion del mundo por los terribles sucesos del 10 de agosto, 2 y 3 de setiembre y 21 de enero. Ya la despreciaban menos desde que se habia defendido tan enérgicamente, pero tambien era menos estimada desde que se habia manchado con crímenes y ni podia interesar tan vivamente á los pueblos ni dejar de inspirar desprecio á los gobiernos.

Era pues indispensable una guerra general, y ya hemos visto al Austria comprometerse por relaciones de familia en una guerra poco útil á sus intereses; á la Prusia, cuyo interes natural era el de aliarse con la Francia contra el gefe del impe-

rio, dejarse llevar por frívolas razones del otro lado del Rhin, y comprometer sus ejércitos en la Argona. Hemos visto tambien á Catalina, en otro tiempo filósofa, desertar como todos los cortesanos, la causa que habia abrazado por vanidad, perseguir la revolucion tanto por moda como por política y escitar por último á Gustavo, al emperador de Austria y al rey de Prusia, para distraerles de la Polonia y ocuparles en el continente. Hemos visto al Piamonte acometiendo á la Francia contra sus intereses, estimulando por razones de parentesco y odio á la revolucion; á las pequeñas cortes de Italia, detestando nuestra nueva república, pero sin atreverse á atacarla, y aun reconociéndola á la vista de nuestro pabellon; á la Suiza guardando una perfecta neutralidad; á la Holanda y la Dieta Germánica, no esplicarse todavía pero dar á entender una profunda malevolencia; á la España observar una neutralidad juiciosa bajo el influjo del prudente conde de Aranda; y últimamente á la Inglaterra, gozándose

* Aconsejamos al lector que para formar juicio sobre el influjo que tuvo en la neutralidad con Francia el Sr. conde de Aranda, consulte las memorias del principe de la Paz, donde se hallará el dictámen que dió sobre esta materia en el consejo de estado. No ponemos la biografía de dicho señor conde, por ser un personaje demasiado conocido en España y ser inútiles nuestras ligeras ilustraciones. (N. del T.)

en ver á la Francia destrozarse á sí misma , consumirse el continente , asolarse las colonias y dejando el cuidado de su venganza á los desórdenes inevitables de las revoluciones.

Muy pronto iban á desconcertarse todas esas neutralidades de cálculo en presencia del nuevo ímpetu revolucionario , y no puede dudarse de que hasta allí habíá regulado Pitt ¹ su conducta de un modo bastante exacto. La media revolucion de su patria no habia regenerado mas que la mitad del estado social , dejando subsistir una multitud de instituciones feudales , que debian ser objeto de aficion para la aristocracia y la corte , al mismo tiempo que un pretesto continuo de reclamaciones para la oposicion. Dos objetos se proponia en ello Pitt , el primero moderar el odio aristocrático , contener el espíritu de reforma y conservar de este modo su ministerio dominando á los dos partidos ; el segundo abrumar á la Francia bajo el peso de sus propios desastres y con el odio de todos los gobiernos europeos ; en una palabra queria hacer á su patria señora del mundo , y este era el doble objeto á que caminaba con el egoismo y fuerza de alma propias de un gran hombre de estado. La neutralidad servia perfectamente á sus proyectos , porque con impedir la guerra contenia el odio ciego de la corte contra la libertad , y dejando desarrollarse sin obstáculos

todos los excesos de la revolucion Francesa , podia dar todos los dias respuestas muy acres á sus apologistas , las cuales aunque no probasen nada por sí mismas , siempre producian cierto efecto. Asi cuando tenia que contestar á Fox ² , que era el hombre mas elocuente , no solo de la oposicion , sino de la Inglaterra , solo lo hacia citando los crímenes de la Francia reformada ; estando encargado de hacerlo y de enumerar estos crímenes Burke ³ el declamador , que lo hacia con una violencia absurda , llegando un dia hasta arrojar desde la tribuna un puñal , que dijo estar fabricado por los propagandistas jacobinos. Mientras que en Paris se acusaba á Pitt de que estaba pagando los alborotos , acusaban en Londres á los revolucionarios franceses de que esparcian dinero para escitar revoluciones , y nuestros emigrados acreditaban aquellos rumores á fuerza de repetirlos ; por manera que con aquella lógica maquiavélica se quitaba á los Ingleses el prestigio de la libertad francesa , se sublevaba á la Europa contra nosotros , y sus enviados preparaban todas las potencias á la guerra. Nada pudo conseguirse en Suiza ; pero en el Haya , como su dócil Stathouder habia experimentado antes una revolucion , y desconfiaba del pueblo sin tener otro apoyo que las escuadras Inglesas , le dió toda especie de satisfacciones y manifestó con mil señales hostiles su

malevolencia contra Francia. Pero donde Pitt empleaba mayores intrigas era en España, con el objeto de decidirla á la mayor falta que haya cometido jamas, cual fue la de reunirse á la Inglaterra contra la Francia, que era su aliada marítima*. En los Españoles habia hecho muy poco

* Como esta cuestion de si fué ó no un error grave declarar la España la guerra á la Francia, ha sido agitada tantas veces despues que se vió el mal resultado de ella, no es cosa de renovar nosotros esta inútil disputa en una simple nota, cuando se necesitaria emplear un capitulo entero. Pero no debemos omitir que lo que hoy llama M. Thiers y otros muchos *la Francia*, no lo era ni para el gobierno Español ni para otros, sino un partido poco numeroso aunque muy violento, que en el concepto general estaba obrando contra la opinion general de los Franceses; y no hay ningun hombre de estado que tenga obligacion de adivinar que algunos centenares de canalla parisina y algunas dozenas de entusiastas de buena fe, pero sin consistencia en la masa general del pais, hubiesen podido electrizar á casi toda la nacion, que pasa por una de las mas valientes del mundo, sin valerse de otro instrumento que el terror y la impunidad de los asesinos. Asi en nuestro concepto la equivocacion de los que se inclinaron á la guerra no consistió en ignorar los verdaderos intereses de su patria, sino en no calcular las fuerzas que podria adquirir una revolucion mal conocida, y que precisamente ocurría en el momento en que acababa de ser apagada y vencida la revolucion de Holanda, que era de la misma naturaleza. ¿En qué hubieran parado todas esas decisiones dogmáticas que con tanta maestria y énfasis se echan hoy en cara á los que no declararon sino admitieron las guerras que les declaraba la

efecto la revolucion y el descontento del gabinete de Madrid contra la república francesa, no tanto provenia de razones de seguridad y de política, como de las de parentesco, y de aquellas repugnancias que eran comunes á todos los gobiernos. El prudente conde de Aranda resistiendo á las intrigas de los emigrados, al disgusto de la nobleza española y á las sugerencias de Pitt, habia tenido gran cuidado en no ofender la delicadeza de nuestro nuevo gobierno; pero habiéndole derribado del ministerio, en que le sucedió D. Manuel Godoy, despues príncipe de la Paz, dejó su desgraciada patria entregada á los mas fatales consejos. Hasta entonces habia reusado el gabinete de Madrid explicarse relativamente á la Francia, y en los momentos del juicio definitivo de Luis, ofreció el reconocimiento político de la república

revolucion, si el duque de Brunswick hubiese atravesado la Argona antes que Dumouriez pensara en ocupar los desfiladeros y hubiera penetrado en Paris en agosto de 92? Es muy probable que lo que hoy se llama tan facilmente la Francia, hubiera quedado reducido á una minoria imperceptible, de que apenas se haria mencion sino para compadecer la suerte de los que hubiesen estado en las primeras filas de la revolucion. Decimos esto no para contradecir el juicio generalmente bien fundado del historiador, sino para escitar las meditaciones de los que lean con atencion la historia; á fin de que no precipiten sus juicios ni tomen por regla infalible los meros resultados. (N. del T.)

ca y la mediacion con todas las potencias, si se dejaba salva la vida del monarca. En respuesta á este paso propuso Danton la guerra y la asamblea no tuvo consideracion alguna á la demanda del gobierno Español, con lo cual no quedó la menor duda de su disposicion á la guerra. Iban llegando las tropas á Cataluña y se estaba armando en todos los puertos con la mayor actividad, estando resuelto un ataque muy próximo. No era dudoso el triunfo de Pitt, quien sin declararse todavía ni comprometerse aturdidamente, se tomaba el tiempo necesario para elevar su marina á un estado temible, con cuyos preparativos satisfacía á la aristocracia, despopularizaba nuestra revolucion con las declamaciones que él pagaba, y mientras que se iba reforzando en silencio, preparaba contra nosotros una liga espantosa, que ocupando todas nuestras fuerzas no nos permitia ni socorrer nuestras colonias ni contener las conquistas que la Inglaterra hacia en la India.

En ninguna época se habia visto á la Europa preocupada con una ceguera semejante, ni cometer tantas faltas contra sí misma, porque en efecto se veia en el occidente á la España, la Holanda y á todas las potencias marítimas, seducidas por las pasiones aristocráticas, armarse en favor de su enemiga la Inglaterra contra la Francia que era su única aliada. Se veia tambien á la Prusia por

una inconcebible vanidad unirse con el gefe del imperio contra aquella Francia, cuya alianza habia recomendado tanto Federico el grande. En la misma falta estaba incurriendo el reyezuelo de Cerdeña por motivos mucho mas naturales, pues eran los del parentesco. En el oriente y el norte dejaban á Catalina cometer un crimen contra la Polonia, y un atentado contra la seguridad de la Alemania por la frívola ventaja de adquirir algunas provincias y poder distrozar á la Francia sin otro objeto que les distrajese la atencion. Por manera que se olvidaban á un mismo tiempo todas las amistades antiguas y útiles, cediendo á las pérfidas sugerencias de las dos potencias mas temibles para armarse contra nuestra desgaciada patria, antigua protectora ó aliada de los que la atacaban hoy. Todo el mundo contribuia á ello y todos se prestaban á las miras de Pitt y de Catalina, sin escluir muchos imprudentes franceses que recorrian la Europa para acelerar aquel funesto trastorno de la política y de la prudencia, y atraer á su pais las mas espantosas calamidades. ¿Y qué motivos habia para tan estraña conducta? Se entregaba la Polonia á la Rusia por haber querido regularizar su antigua libertad, y se entregaba la Francia á Pitt por haber querido conquistar la libertad de que todavía carecia. No hay duda en que la Francia habia cometido excesos; pero estos no po-

dian menos de acrecentarse con la violencia de la lucha, y sin conseguir el sacrificio de aquella detestada libertad, se iban á preparar treinta años de una guerra mortífera, provocar estensas invasiones, dar nacimiento á un conquistador, ocasionar desórdenes inmensos, y acabar por fundar dos colosos que dominan hoy á la Europa en los dos elementos; la Inglaterra y la Rusia.

En medio de aquella conjuración general, solo la Dinamarca, conducida por un ministro hábil, y la Suecia que se vió libre de los sueños presuntuosos de Gustavo, conservaban una prudente reserva que hubieran debido imitar la Holanda y la España reuniéndose al sistema de la neutralidad armada. Con mucha sensatez habia juzgado el gobierno frances aquellas disposiciones generales, y la impaciencia que le caracterizaba en aquel momento no le permitia esperar las declaraciones de guerra, sino que al contrario le decidia á provocarlas. Desde el 10 de agosto no habia cesado de solicitar ser reconocido, pero todavia habia conservado alguna mesura respecto de Inglaterra, cuya neutralidad era preciosa á causa de los muchos enemigos que tenia que combatir. Pero despues del 21 de enero dejó á un lado todas las consideraciones, y se decidió á una guerra universal. Viendo que no eran menos peligrosas las hostilidades ocultas que las manifiestas, se apresuró á

declararlas á sus enemigos; y asi desde el 22 de enero pasó la convencion nacional revista á todos los gabinetes, mandó que se la diesen informes de la conducta de cada uno de ellos con respecto á la Francia, y se preparó á declararles la guerra si tardaban en esplicarse de un modo categórico.

Desde el dia 10 de agosto habia retirado la Inglaterra su embajador de Paris y no habia tolerado en Londres á Mr. de Chauvelin que era embajador frances sino como enviado de la Magestad destronada. Todas aquellas sutilezas diplomáticas no tenian otro objeto que satisfacer el decoro del rey que estaba encerrado en el Temple, y diferir al mismo tiempo las hostilidades que no convenia principiar todavia. Sin embargo fingió Pitt que pedia un enviado secreto para esplicar las quejas que tenia contra el gobierno frances y se le envió á Maret^s en el mes de diciembre, el cual tuvo con Pitt una conferencia privada, y despues de muchas protestas relativas á declarar que la tal conferencia no tenia nada de oficial sino que era puramente amistosa, sin otro motivo que el buen deseo de contribuir á ilustrar á las dos naciones sobre sus quejas recíprocas, se quejó Pitt de que la Francia amenazaba á los aliados de Inglaterra con perjuicio de sus intereses, en prueba de lo cual citó á la Holanda. El cargo principal consistia en la apertura del Escalda, que tal vez habia sido